

200601

La gran, impl., de., 27-10-80, 1.2

Doble de Cuerpo

Dicen que a la gente se la conoce por lo que hace; pero no siempre se ve todo lo que hace una persona. Para eso que siempre se hizo y nunca se ha dicho se abre esta página.

LA PENULTIMA UTOPIA

CARLOS OLIVAREZ, 44 AÑOS.
ESCRITOR



En el oscurecido Chile de hace unos doce años, los computadores comenzaron a ser parte de un tosco paisaje en oficinas más o menos sofisticadas. Uno tenía ciertas certezas que estos aparatos citaban siendo usados en lugares de algún modo prohibidos y algo peligrosos. Diversos mitos alimentados por textos leídos con desdén años antes (*El desafío americano*, 1968 y *El shock del futuro*, 1974) habían predicho un universo para la década del ochenta donde estas bestias tecnológicas constituirían "varios circuitos nacionales de información electrónica". Incluso se había afirmado que "llegará el momento en que los computadores se darán cuenta de que existen".

Sentados en la cuenta como estábamos, no era difícil pasar por alto estas referencias fantásticas y lejanas. Pero de pronto, el notorioso empezó a escucharse cada vez más cerca y se podía palpar que afuera, en el mundo real del cual nos habían descolgado, estaban sucediendo cosas que podían llegar a constituirse —tal vez— en la penúltima de las utopías. Algo de verdad apasionante en que ocupar el tiempo de la ociosidad y participar, a como fuera, en la alta tecnología en manos de arrogantes muchachos que estaban siendo alimentados para heredar el poder.

Así estaban las cosas en esos lejanos años y uno debía conformarse con algunos deficientes manuales que hablaban de asuntos demasiado abstractos para ser verídicos y esperar. Esperar que el Hiroshima ideológico que nos cubría amainara antes que se rompiera definitivamente el último pilar de cordura que nos mantenía en pie.

Aquellos que necesitan objetivos claros para hundir la cabeza en algo que

desconocen, todo esto puede resultar un desfiladero. El caso es que para mí la computación no es una ciencia, ni una tecnología, ni siquiera una herramienta, sino una especie de remedio al que adherí con la pasión del adicto.

Jamás he pensado que a través de la computación pueda obtener algún tipo de remuneración, como no se puede obtener remuneración del placer a menos que uno se transforme en un tráfugo de sí mismo. Un tipo al cual han bombardeado su Casa de Gobierno símica y ha sido asqueado de verdad. Mientras los mejores de nosotros sofocábamos el espanto en largos días de embriaguez, solía darle (a la computación) categoría de curso acortado de supervivencia en un mundo repleto de macroterrorismo de Estado.

Sin embargo, debieron pasar más de siete años hasta lograr instalar sobre

mí mesa un teclado que debía conectar al televisor y, mediante otro cable, unir todo a una disquera donde insertar unos extraños discos negros para que la pantalla se iluminara de misterio.

Muchos textos cojos, obtusamente teóricos y conversaciones del todo frías fueron ocupando el tiempo para poder usar todo eso como un computador. Un bicho al cual se le ingresan unas órdenes y las ejecuta como imbécil. La lucha entre el teclado, los manuales y el interfaz humano en que me había convertido me provocó un salto a otro estado. Podía sentir cómo literalmente la cabeza se me escogía de miedo.

Al otro lado de esa ventana podría estar la raíz de la nueva vida o algo que se le pareciera. Temía lo que se llama un desafío y bien poca ayuda podía encontrar a mi alrededor.

Mis amigos escritores miraban esto con la misma suspicacia con que mi

mujer solía acudir a mí lado, tratando de encontrar las maravillas que yo le juraba existían en esa borrosa pantalla.

Cuando me siento frente a este computador (ahora sí un computador), no sólo escribo, también hago un viaje. Sé que allí adentro existen electrones moviéndose en un tráfico que desconozco, pero intuyo atolondrado del mismo modo que es atolondrado el cómo nos comportamos día a día.

Así, cada tarde, he ido acumulando preguntas y algunas respuestas que muchas veces sustituyeron el crucial sinsentido de nuestro horizonte ciudadano, poblado de un misterio aún más profundo porque su signo tal vez era la crueldad, tal vez la ignorancia, tal vez.

La Unidad Central de Procesamiento de un computador es el hábitat de los escépticos en que nos hemos ido convirtiendo. Aquí es posible tocar con los dedos el poder, la manipulación del conocimiento y las amenazas de cambiar la vida. Quiró por primera vez el individuo, las transnacionales y el Estado observan la misma pantalla y hasta es posible —porque aún nadie ha clavado el aze— que era sea la oportunidad del individuo.

Puede ser que este texto se asemeje demasiado a una declaración de amor falsamente técnica. Pero, de qué otra forma puedo hablar si, aunque parezca lo que es, a través de este hobby, chifladura, último long play o como quiera llamárcelo, también he llegado a conocer mejor a nuestro país y a nosotros mismos.

Chile bien aspira ser el paraíso del gran simulador. Pruébalo. Léase tres libros de computación. Eche a correr la voz que los ha leído y dedice algunas frases crípticas (*Drum*, *Alps*, *Overflow* o *Don Matrix* pueden servir) y usted ya es un experto. Se lo digo con conocimiento de causa.

Pongo este artículo de prueba y lanzo los dados. □

La Penúltima utopía. [artículo]

Libros y documentos

FECHA DE PUBLICACIÓN

1990

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

La Penúltima utopía. [artículo]. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile